

An illustration of a woman with dark hair floating in the ocean. Her head is tilted back, eyes closed, and she has a serene expression. The water is rendered in soft, wavy bands of blue and teal. The background is a vibrant sunset sky with shades of orange, pink, and red. The text is overlaid on the top and bottom of the image.

TAMARA MOLINA

@XTAWIE

DONDE  
NO PUEDES  
ENCONTRARME

*Donde no puedas  
encontrarme*

Tamara Molina

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Tamara Molina, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-08-28721-6

Depósito legal: B. 6.073-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# Capítulo 1



*Gala*

—Es un gilipollas, un cerdo y un imbécil.

—¡Lola!

—¿Qué? Si es verdad y tú también lo piensas —continuó sin importarle el empujón que Elena le había dado para que cerrase el pico.

—Pero ten un poco más de tacto... —susurró esta, como si desde su regazo no pudiera oírla—. ¿Quieres hacerla llorar todavía más o qué?

—¡Lo que quiero es que lo mande a la mierda de una vez!

—Me ha mandado a la mierda él a mí... —gimoteé.

Ambas me miraron con cara de estar viendo a un cachorrito abandonado en un contenedor de basura, y no las culpo, porque así me sentía yo. Abandonada, rota y vacía, esperando a que quien me había dejado tirada dentro de una caja de zapatos húmeda y mohosa volviese tarde o temprano a recogerme.

Sabía lo que iba a pasar aquella noche como todas las anteriores veces, pero saber que te van a romper el corazón no te hace libre del dolor que conlleva.

Elena se inclinó para darme un beso en la frente mientras jugaba con mis mechones castaños entre sus dedos. Lola estaba en la cocina, recolectando cualquier alimento que encontraba en los armarios que no luciera como pienso para conejos, en un intento por consolarme. Como en las películas americanas, donde la protagonista rompe con Chad, el capitán del equipo de rugby, y sus amigas la consuelan planándole una tarrina de helado de dos kilos en el regazo.

Solo que ni Darek era el capitán del equipo de rugby, ni en el con-

gelador de Elena había helado. Lo más similar que encontró Lola fue una tarrina congelada, hecha con proteína en polvo sabor galleta, una especie de postre casero que se prepara Elena para los días que le entra el antojo de dulce. Lola prefirió dejar el poco apetitoso mejunje en su sitio.

—¿No te da vergüenza tener la nevera así de vacía? —rechistó mientras iba dejando la indigente recolecta en la mesa de centro—. ¿Cómo pretendes que la consuele? ¿Con un trozo de brócoli? ¿O con estas barritas para pájaros?

—No son barritas para pájaros, son de espelta. Y te recuerdo que no puedo tener nada en la despensa mínimamente procesado porque alguien que yo conozco viene a atracarla cada dos por tres. ¿Dónde están las rosquillas que me compré hace tres días, eh? ¡Confiesa!

—Aquí —se recochineó acariciándose la barriga.

Elena le lanzó un cojín.

No pude evitar reírme mientras me secaba las mejillas con las palmas de las manos. Me levanté del regazo de Elena y me acomodé a su lado.

En cuanto me despedí de Darek, las llamé y no tardaron ni quince segundos en coger mi llamada, porque, al igual que yo, sabían lo que iba a suceder aquella noche, así que, como las mejores amigas del mundo que son, estaban preparadas. Lola pasó a recogerme y fuimos al piso de estudiantes donde vive Elena, que se ha convertido en nuestro punto de reuniones.

Su compañera de piso, Alejandra, nos llama Las Chicas Superpoderosas, que es como llaman en México a Las Supernenas. Según ella, solo hace falta observarnos cinco minutos para saber quién es cada una de ellas. Alejandra es muy simpática y educada, hace unos platos riquísimos, que son una de las razones por las que estamos siempre de okupas en el piso. La otra razón principal es que Elena y yo somos compañeras de clase, ambas estudiamos Enfermería y desde el día en que nos tocó hacer un trabajo juntas no nos hemos vuelto a separar.

Lola, por otro lado, es esa amiga con la que llevas toda la vida y con la que, a pesar de pasar épocas menos unidas que otras, el vínculo siempre se mantiene fuerte. Se podría decir que yo he sido el puente de unión entre ellas dos, y ahora se han convertido en un par de señoras cascarrabias pero inseparables.

—Deja de mirar el móvil esperando a que te escriba —me increpó Lola—. En un minuto lo has desbloqueado tres veces.

—No estoy esperando a que me escriba. —Dejé el teléfono en la mesa y me crucé de brazos.

—Sí lo estás esperando, ya estás esperando a que vuelva, ¡como siempre! —gruñó poniendo los ojos en blanco.

—Ni espero ni quiero que vuelva —mentí.

—Sí quieres, mentirosa.

—¡Que no!

—Que sí.

—Déjala estar —le chistó Elena.

—Pues que lo admita.

—Que no quiero, pesada.

—Sí quieres.

—¡Que no!

Frustrada, cogí un cojín y hundí mi cara para ahogar un grito en él. Levanté la vista y me encontré a mis amigas con las cejas enarcadas en un gesto de escepticismo. Aunque me molestaba que no me creyeran, estaban en todo su derecho, porque ni yo misma lo hacía.

Ni yo misma lo hago.

Quiero hacerlo, quiero dejar de esperar que vuelva, dejar de fingir que lo creo cuando me dice que ha cambiado porque prefiero refugiarme en la mentira a afrontar la realidad.

Después del reglamentario discurso de las niñas implorándome que no volviera a recaer con Darek, que tenía que mirar por mí y mi bienestar, que una ruptura duele pero se supera, que he de quererme y valorarme, bla, bla, bla...

Lo bloqueé de todos lados.

¿Serviría de algo? No lo sé, seguramente no, pero en ese momento sentí que era lo mejor que podía hacer. Durante un rato quise creer que la solución era fingir que lo había borrado de mi vida mientras ignoraba mis sentimientos viendo *Vengadores: Infinity War* por tercera vez, comiendo comida para pájaros y arropada por mis señoras amigas.

Pero no, no funcionó.

Por más que intentaba evadirme, mi cabeza no dejaba de darle vueltas y vueltas al tema: a Darek, a la ruptura, a la necesidad que tengo de él, de su atención, de gustarle y de complacerlo, a pesar de que en el fondo sabía, y sé, que no se lo merece.

No me merece a mí, pero me tiene atrapada, adicta a las migajas de amor que me brinda entre herida y herida. Me jodió tanto darme cuenta de que me tenía siempre ahí para él... Había perdido el control absoluto de mi vida porque se lo había entregado a él a cambio de su miserable amor.

Un amor podrido.

Yo misma me había metido en la boca del lobo y no sabía cómo salir. El mismo lobo tampoco quería que saliera, pero necesitaba hacerlo.

Necesitaba salir de ahí.

Necesitaba huir.

—La Tierra llamando a Gala. —Elena chasqueó sus dedos frente a mí—. ¿En qué piensas?

—En huir —respondí impulsivamente.

—¿Qué? —preguntaron al unísono.

—Le quedan veinte minutos a la película, espérate y ahora te llevo a casa —continuó Lola.

—No, no de aquí.

—¿De dónde entonces? —preguntó—. Elena, cariño, mira la fecha de caducidad de estas barritas de alpiste, que a esta niña le está dando una intoxicación alimentaria.

Sus voces ya se habían convertido en un ruido de fondo al que no podía prestarle atención, porque los latidos de mi corazón retumbaban demasiado fuerte en mis oídos. Con una respiración cada vez más acelerada, me hice un ovillo, abracé mis piernas y escondí la cabeza entre ellas intentando controlar la ansiedad y la tensión, que incrementaban por momentos.

—Quiero acabar con todo, desaparecer, huir —deliré entre sollozos más para mí misma que para ellas—. Quiero mandarlo todo a la mierda, tener el valor de alejarme de él y que desaparezca por completo de mi vida, ¡hasta dudar de si realmente todo ha sido real o solo una pesadilla!

Un largo silencio invadió la habitación. Solo se oía mi profunda respiración por encima de las voces de la película, así que, consciente de mi estado y del numerito que estaba montando, intenté controlarla poco a poco. Mis amigas me dejaron espacio, me permitieron unos minutos de calma, hasta que, una vez más tranquila, Elena se acercó un poquito más a mí y, frotándome la espalda, susurró:

—¿Sabes cuál es el problema, Gala? —Su voz era cuidadosa—. Que quieres echar de tu vida a quien le has dado el control absoluto sobre ella. Tu vida es de Darek, y eso es lo primero que tienes que cambiar.

—Mi vida es Darek —gimoteé.

—Joder, tía —rechistó Lola—. ¡Pues manda a tomar por culo esa vida y hazte una nueva! Pero no puedes estar cada dos por tres con el corazón roto, ni yo quiero tener que volver a enfrentarme a ese armario lleno de comida para pájaros por tener que consolarte de nuevo.

—¡Que no es comida para pájaros! —rechistó Elena dándole un codazo.

Mientras ellas se enzarzaban en una absurda discusión sobre la alimentación de Elena, yo le daba vueltas a lo que me acababan de decir. A pesar de ser dos desequilibradas mentales sin nociones terapéuticas, a veces dan muy buenos consejos sin saberlo. Y ese fue uno de ellos. Supe que tenían toda la razón. Mi vida ya no era mía, era de Darek. Sentí que sería mucho más fácil crear una nueva que intentar recuperar la que él controlaba.

La que sigue controlando.

Pero por poco tiempo.

En ese preciso instante se me pasó por la cabeza una idea que creí tan descabellada que ni siquiera la expresé en voz alta. También sentí que era algo que quería decidir yo sola, y decírselo a ellas era hacerlas partícipes de mi decisión. Ya me podía imaginar a Lola soltarme algo como «¡Hazlo, joder! Ten un par de ovarios», y a Elena repensarlo en un principio pero acabar siendo cómplice de Lola, apoyándola con un «Gala, atrévete, es algo que te vendrá muy bien, priorízate a ti por una vez».

Esa noche me lo planteé como un delirio cualquiera.

Pero he acabado haciéndolo.

Todavía no sé si me arrepiento o no, pero aquí estoy, arrastrando una pequeña maleta camino de la puerta de embarque. Mis pasos son acelerados, casi automáticos, mi mente está decidida a llegar lo antes posible para que no me dé tiempo a repensarlo. En cuanto me suba al avión, no habrá vuelta atrás. Este será el punto final entre Darek y yo. Lo he decidido. Lo conseguiré.

Aunque tenga que poner mar y tierra de por medio.



## Capítulo 2



### *Gala*

Me desperté de mejor humor del que había tenido los últimos días. Me obligué a prepararme un par de tostadas y un café con leche y me di una rápida ducha de agua tibia para espabilarme. En mi maravilloso Peugeot 208 verde botella del 2000, que me regalaron mis padres al cumplir los dieciocho, me dirigí a las prácticas de Enfermería mientras canturreaba los hits que sonaban en la radio, fingiendo que mi mundo no se desmoronaba.

Hacía solo una semana que había empezado el curso y todavía estaba un poco desubicada porque este año era diferente de los anteriores. Estaba en el tercer año de la carrera de Enfermería, donde el curso se divide en dos períodos: el de prácticas profesionales y el de formación, que son básicamente las clases teóricas.

En mi caso decidí empezar por el período de prácticas y, aunque en segundo de carrera ya había tenido mi primer contacto práctico con la profesión, fue mucho más breve, en un Centro de Atención Primaria de un pequeño barrio, donde todo estaba bastante tranquilo, nada que ver con lo de este año.

Por decisión propia, esta vez había solicitado que las prácticas fuesen en un hospital, porque al fin y al cabo es donde me gustaría trabajar en un futuro. Tenía que admitir que, aunque las estuviese disfrutando mucho, se me estaban haciendo un poco abrumadoras, más aún con todo lo sucedido con Darek dando vueltas en mi cabeza continuamente, como si viviese observando una película de terror en bucle.

Sentía que no estaba al cien por cien en lo que hacía. No es que

hiciera las cosas mal, pero sabía que podía dar mucho más de mí y me fastidiaba no poder hacerlo, porque mi cabeza no estaba donde debía estar. Era como si mi cuerpo funcionara de forma automática, como si de un robot se tratara, mientras mi conciencia estaba desconectada del plano terrenal.

Me sentía fuera de mí misma.

Si eso tiene algún sentido.

En general, mi mente es como una montaña rusa. Tengo días en los que estoy genial, pero otros en los que me siento destrozada. Ratos buenos que en un instante se convierten en llantos y también llantos con los que arrojo toda mi tristeza y me quedo bien a gusto, sintiendo que todo el dolor ha terminado, que he conseguido liberarme de él. Pero ni la tristeza ni la rabia se acaban: se esconden, pero vuelven a aparecer.

Puto desamor.

Puto Darek.

Habían pasado nueve días desde la ruptura y aún no me había escrito. Bueno, puede que lo hubiera hecho, pero lo seguía teniendo bloqueado en todas las redes sociales, así que, si me había enviado algún mensaje, no podría haberlo sabido. Tampoco creía que me hubiera enviado nada, aunque podría haberlo desbloqueado solo por comprobarlo, a ver si volvía a enviarme alguno, a ver si volvía a buscarme...

—¿Para qué, estúpida? —me regañé en voz alta—. No necesitas que te hable, no lo necesitas.

«Sí lo necesito.»

Como si del destino se tratara, empezó a sonar por la radio la canción *11 razones* de Aitana. Subí el volumen tanto como para dejar de oír mis pensamientos y la canté a viva voz, desgarrándome la garganta mientras me martirizaba imaginándome a Darek frente a mí.

—«¡Nunca te creí, siempre me engañé! ¡Nunca quisiste cambiar! —Las lágrimas recorrían furiosas mis mejillas, no quería ni pensar cómo llevaba el maquillaje—. ¡Nunca me reí, siempre te lloré y no más! Once razones para olvidar...»

Once no. Tenía veinte, treinta o incluso cuarenta para olvidar a Darek.

Pero seguía sin poder hacerlo.

Sigo sin poder hacerlo.

Camino del hospital, me topé con carteles que indicaban la aproximación al aeropuerto y, por momentos, fantaseé con seguir las indicaciones. Ir al aeropuerto, coger un vuelo a vete a saber dónde e irme. Huir sin pensarlo. Dejarlo todo atrás y empezar una nueva vida en la que yo tuviera el control. Nada de Darek. Yo sola, conmigo misma.

Fruncí el ceño con fuerza, como si de aquella manera pudiese estrujar los pensamientos que rondaban mi mente e incitarlos a que inundaran todos los demás. Sentí una profunda presión en el pecho en ese instante, el anhelo de aquella fantasía se volvió más intenso, más real. Verdaderamente quería hacerlo, quería desviarme del camino, seguir la flecha:

[M-14] AEROPUERTO →

De forma automática, mi mano decidió pulsar el intermitente, mis brazos decidieron girar ligeramente el volante a la izquierda y cambié de carril.

Pero a escasos metros de desviarme por la salida, me desperté del delirio en el que estaba sumida, di un brusco volantazo que podría haberme causado un accidente y me re Coloqué en mi camino. El coche que circulaba a pocos metros detrás de mí me pitó con furia y vi por el retrovisor cómo me dedicaba una serie de improperios que no llegué a oír, pero los cuales podía imaginarme.

No pude hacerlo, no pude irme.

En ese momento sentí que se me estaba yendo la cabeza completamente. ¿Cómo iba a hacer semejante estupidez? No sabía ni cómo era posible que me estuviera planteando algo así.

Puede que realmente se me esté yendo la cabeza.

Porque, cuatro días después, lo he hecho.